

en el corazón del Pontífice y en el corazón de la mujer católica; y su historia no es otra cosa que un magnífico argumento en favor de la justicia de la Santa Sede y de la adhesión de la mujer católica á los intereses de la Iglesia.

§ XXI.—Los cuatro principales Padres de la Iglesia latina, instruidos también por las mujeres.—San Agustín y Santa Mónica.—San Jerónimo, dedicado por causa de las mujeres al estudio de la Escritura Santa.—Sus inmortales cartas son una inspiración de ellas.—San Ambrosio debió á su madre y á Santa Marcelina, su hermana, su espíritu de pureza.—Se deben también á Santa Marcelina los libros *De las vírgenes*, de este doctor.—Confesión que él hace de que la vida santa de las vírgenes fué lo que le suministró el asunto y las bellezas de estos libros.

Si de los cuatro Padres principales de la Iglesia griega pasamos á considerar los cuatro Padres principales de la Iglesia latina, San Agustín, San Jerónimo, San Ambrosio y San Gregorio el Grande, hallaremos que éstos también debieron en gran parte á las mujeres el haber sido tan grandes bajo el aspecto de la doctrina y de la santidad.

En cuanto á San Agustín, es indudable que Santa Mónica, con sus oraciones y sus lágrimas, le dió á luz más felizmente á la vida de la gracia que á la vida de la naturaleza. Pueden verse en la quinta homilía sobre *las mujeres del Evangelio* los dolores y las penas que esta heroica madre sufrió para atraer á Agustín al Cristianismo; de modo que á una mujer es á quien debe la Iglesia, después de Dios, este gran genio, el primero de sus doctores, cuyo maestro fué San Pablo, y cuyo comentador fué Santo Tomás.

San Jerónimo tenía un gusto innato por los libros santos; pero este gusto se desarrolló en él, y se aumentó hasta el punto de hacerle el intérprete más grande del sagrado Código, por la influencia del espíritu cristiano y de la piedad de las mujeres. Él mismo nos dice que, habiéndole obligado Santa Paula y su hija Santa Eustoquia á recorrer con ellas los dos Testamentos (1), y exigiéndole que les diese á conocer su sentido espiritual, le pusieron en la

(1) « Paula compellit me ut vetus et novum Testamentum, cum filia, me disserente, perlegeret. (*Ad Eustoch., De laud. S. P.*)

necesidad de penetrar cada vez más este sentido importante, y de enriquecerse cada vez más con aquella ciencia con que enriqueció después á la Iglesia. Las santas mujeres de su escuela, de quienes hablaremos después, le pusieron también en la necesidad de traducir del original hebreo el Antiguo Testamento. No hay más que recorrer los prefacios de sus sabios comentarios sobre los diferentes libros de la *Biblia*, dedicados casi todos á las mujeres, para convencer de que él se dedicó á aquellos grandes trabajos por sus instigaciones y por sus súplicas. Es indudable que Dios, como la Iglesia lo ha reconocido, hizo de San Jerónimo el más grande doctor de la Iglesia con respecto á la ciencia de los libros santos (1); pero fué por el concurso y las santas inspiraciones de las mujeres (2).

En cuanto á la obra maestra de sus cartas, á las que no existe nada semejante en ninguna lengua, y que han sido y serán siempre la admiración de los verdaderos teólogos, de los verdaderos poetas y de los verdaderos literatos, es indudable que deben particularmente á la influencia de la mujer católica esa unción piadosa, esos pensamientos delicados, esos movimientos afectuosos y ese ascetismo encantador que forman su principal mérito. « La casta sociedad de las mujeres, dice M. Capéfigo, le había dado una exaltación íntima y entusiasta por todo lo que era puro y noble en ellas. Con esta exaltación ardiente defendió la virginidad de María. (*Contra Elvidium.*) La antigüedad no ofrece otro modelo superior á las cartas de San Jerónimo, dirigidas á la noble y piadosa Paula. San Jerónimo arrebató, porque habla á los sentimientos más verdade-

(1) « Deus, qui B. Hieronymum, in interpretandis Scripturis, doctorem maximum effecisti. » (*Orat. Mis.*)

(2) Lo más admirable es que, después del Pontífice romano, las personas que más le obligaban á hacer estos trabajos, y que los dividían en cierto modo con él, hasta el punto de aprender el hebreo, fueron las primeras señoras de Roma, las descendientes de los Escipiones, de los Gracos, de los Paulo Emilios, de los Fabios, de los Marcelos y de los Julios; las hijas, las esposas y las viudas de los prefectos y de los cónsules. Una de las mayores ocupaciones del santo doctor, durante su permanencia en Roma, fué la de responder á las señoras romanas que le consultaron acerca de la Escritura Santa. Pues por mucho cuidado que su modestia le hizo tener para evitar su encuentro, ellas lo tenían mucho mayor para buscarlo. (Rohrbacher, *Hist. Eccl.*, t. VI, pág. 183.)



ros y más dulces, á aquella sociedad de vírgenes y de santas matronas que le rodeaban, y que estaban tan unidas á su persona como á la columna de la Iglesia. San Jerónimo, el amigo y el protector de los desgraciados, es el escritor de las mujeres, su consejero tan dulce, que ninguna alma puede dejar de adherirse á la suya; él las consuela en sus vivas aflicciones.» (*Les premier quatre siècles de l'Eglise*, t. III, pág. 308.)

San Ambrosio debe tambien, y mucho más que San Jerónimo, á la influencia de la mujer católica el desarrollo de su genio y ese espíritu de dulzura que constituye el fondo de su carácter y el encanto de su estilo. Siendo todavía jóven su santa madre, y habiendo perdido á su esposo, llevó sus tres hijos á Roma, y les educó allí tan cristianamente, que hizo de ellos tres santos: éstos son, Santa Marcelina, San Sátiro y el mismo San Ambrosio. Pero encantada especialmente de la belleza del alma del último de sus hijos, tuvo esta santa mujer un gran cuidado de que la conservase pura de toda mancha. Muerta la madre de San Ambrosio, se encargó su hermana, la santa vírgen Marcelina, de inspirarles los piadosos sentimientos y el amor á la pureza, de que estaba penetrada ella misma, y que formaba la admiracion de Roma. Su piedad era tan grande, que cuando se encontraba un obispo se ponía de rodillas ante él, y le besaba respetuosamente la mano; de tal manera que el jóven Ambrosio, presentándole un día la suya, le dijo sonriendo: «Arrodillate tambien delante de mí, y besa esta mano, porque yo tambien seré obispo.» Él creía entónces que se chanceaba; pero aquella chanza fué una profecía. Mas lo que hizo célebre á la hermana de San Ambrosio fué la generosidad con que renunció á los más nobles y ricos matrimonios, se consagró á Dios, y recibió públicamente de manos del Papa el velo de las vírgenes, el día de Navidad, en la iglesia de San Pedro. El mismo San Ambrosio, así como nos ha trasmitido el elogio de su santo hermano (*In obitu fratris Satyri*), nos ha referido tambien la edificante ceremonia de la consagracion de su santa hermana, y nos ha conservado el magnífico discurso que el papa San Liberio hizo en esta ocasion. (*De virginibus*, lib. III, cap. I.) ¡Dichosa vírgen, que tuvo á San Ambrosio por historiador y á San Liberio por panegirista! ¡Oh, cuán bello era ver entónces en San Ambrosio y Santa Marcelina, doblemente hermanos por la sangre y por la pureza, las

azucenas del hermano enlazadas con las azucenas de la hermana, y de aquellas dos almas virginales exhalándose al cielo y esparciéndose por la Iglesia el delicioso perfume de la santa virginidad!

Al cuidado tan grande que la madre y la hermana de San Ambrosio tuvieron de su infancia, debe él haber conservado intacto el lirio de su virginidad, y ser por excelencia el padre vírgen de la Iglesia, digno, por sus libros *De las vírgenes*, de cantar en un estilo virginal los méritos y la gloria de la virginidad cristiana. Estas mismas mujeres inspiraron tambien á San Ambrosio tanto amor á los libros santos, que, siendo todavía jóven, lego y catecúmeno, los leía día y noche; él los habia aprendido de memoria, y en medio de las graves ocupaciones que le abrumaban, como gobernador que era de la Liguria y de la Emilia, eran el objeto de sus meditaciones y de sus delicias. Esto nos explica cómo este lego, hecho de pronto obispo, se encontró tan adelantado en la ciencia del dogma cristiano, que á los tres años de su consagracion se le consideraba como el principal doctor de la Iglesia.

Es indudable que á su hermana Santa Marcelina se debe que él escribiera sus libros *De las vírgenes*. Esta ilustre vírgen se hallaba en Roma miéntras que su hermano, creado obispo poco despues por aclamacion del pueblo, predicaba en Milan sobre esta noble y delicada materia. Y habiendo tenido sus discursos el más feliz éxito y el más grande eco en toda Italia, Santa Marcelina felicitó por cartas al jóven orador; y como ella no habia podido oírlos, le pidió, le conjuró y le obligó á que pusiese en orden sus discursos y se los enviase escritos para que le sirviesen de provecho y de recreo. Esto fué lo que hizo San Ambrosio, reuniendo en tres libros, titulados *De las vírgenes*, los sermones que habia predicado sobre esta materia, y á esto debemos esas verdaderas obras maestras de la más alta elocuencia y de la más sublime poesía.

La idea de la pureza tiene un poder divino, que le es propio, y que aún en medio de una sociedad disoluta encanta y arrebatá las imaginaciones desengañadas. Por esta predicacion virginal recogió San Ambrosio grandes frutos y adquirió una reputacion inmensa. Desde el fondo de su soledad le escribía el gran doctor de la Iglesia para fortalecerle en la mision que habia emprendido de preservar las costumbres cristianas de la corrupcion general, exaltando la castidad y la virginidad, y para manifestarle el ardiente deseo



que tenía de abrazar, ántes de morir, al misionero, al apóstol de la más bella virtud del Evangelio. Muchas vírgenes, no sólo de toda Italia, sino también de la Mauritania, se dirigían á Milan para recibir de manos del santo arzobispo el velo de su consagración. Sus palabras tenían tanto atractivo, que las madres mundanas encerraban á sus hijas para que no asistiesen á sus discursos, y quisiesen ir á consagrarse al Señor. Pero es necesario observar que, según el mismo San Ambrosio, y aún ántes que él hubiese comenzado á predicar sobre la virginidad, existía un gran número de almas que habiendo abrazado esta profesión sublime, vivían reunidas, trabajando, no sólo para vivir, sino también para dar limosnas, y tenían un celo y una industria singular para atraer otras jóvenes á esta santa profesión. (*De virgin.*, lib. 1, c. x.) Ellas no vivían en convento, sino en casa de sus padres; ellas se reunían algunas veces en la iglesia, donde tenían un lugar separado para conferenciar entre sí, y distribuirse las obras de la instrucción religiosa de las mujeres y de la caridad. (*Ad virg. laps.*) Es, pues, indudable que estos ejemplos ejercieron una gran influencia sobre el entendimiento y el corazón de San Ambrosio, que de ellos tomó ese santo entusiasmo de la virginidad, que es la flor inmaculada de sus himnos, el encanto de todos sus escritos, y en particular del *De las vírgenes*.

Por lo demás, el mismo San Ambrosio lo ha confesado explícitamente en estas dulces y afectuosas palabras con que termina su hermosa obra dedicada á las vírgenes: «Ved aquí, santas vírgenes, les dice, los pequeños dones que os he preparado. Aún no hay tres años que soy sacerdote; por consiguiente, una larga experiencia no ha podido sugerirme lo que os he dicho. No es doctor de la religión el que no ha pasado de novicio. Pero lo que mi experiencia no ha podido enseñarme, me lo ha enseñado vuestra conducta y vuestras costumbres. Las flores que encontraréis tal vez en esta obra, sabed que las he recogido de vuestro seno, es decir, de vuestra vida. No tanto son preceptos que doy á las vírgenes, como ejemplos tomados de la conducta de las vírgenes; y que yo presento á la vista de todo el mundo. Mi discurso no ha hecho otra cosa que trazar aquí la imagen de vuestra virtud. En este tratado vais á ver, como en un espejo, el retrato de vuestra vida, radiante de luz. Si en él encontráis alguna gracia, vosotras me la habeis inspirado. Todo cuanto este libro contenga de bueno, os pertenece. Yo debí excitar por este

medio el amor de la desposada (de la virgen cristiana consagrada á Jesucristo). Supuesto que se trata de nupcias, debí embellecer los cabellos de la esposa, al ménos con los adornos y las gracias de la palabra; debí esparcir rosas sobre su tálamo misterioso y eterno. Así como en las nupcias temporales se felicita á la desposada ántes de mandarle, por temor de que el amor retroceda ante la severidad de los preceptos, si se encuentra expuesto á las pruebas ántes de haberse afirmado por las caricias, de la misma manera en estas nupcias espirituales debí procurar que la virgen sagrada pudiese complacerse en su piadoso amor, ver y admirar, desde su entrada en el aposento nupcial, las columnas coronadas de guirnaldas de hojas inmortales, y los piés dorados de su tálamo celestial; debí hacer que experimentase interiormente la satisfacción de ser aplaudida por los coros de sus ángeles, por miedo de que, asustada y temerosa del yugo del Señor, pensase en sustraerse á él aún ántes que se le mandase someterse á él.»

§ XXII.— Digresión sobre San Hilario, San Paulino y San Remigio, y sobre lo que ellos debieron á las mujeres.— San Gregorio el Grande formado á la santidad y á la vida religiosa por su madre.— Monumento por el que le manifestó su reconocimiento.— La madre de San Isidoro formando de sus diez hijos otros tantos santos.

Antes de tratar de San Gregorio el Grande, el último de los cuatro principales Padres de la Iglesia latina, debemos detenernos unos instantes para manifestar nuestro reconocimiento á las santas mujeres que nos han dado algunos de los Padres anteriores á él, como son San Hilario, San Paulino y San Remigio. De San Leon trataremos despues.

Santa Quieta, madre de San Hilario por la sangre, fué también su única madre en la fe. Por sus exhortaciones el jóven Hilario, hijo de un padre pagano, estudió profundamente la religión al mismo tiempo que la filosofía, hasta el punto de llegar á reconocer que la verdad se encuentra únicamente en el Cristianismo, y hacerse, por consiguiente, cristiano. Habiendo muerto su madre, su esposa, cuyo nombre se ignora, y su hija única, llamada Apra, convertida de nuevo al Cristianismo, tuvieron el cuidado de instruir á su esposo